

Maravall: crisis y crítica de la historia

Blas Matamoro

SE CUMPLE EL CENTENARIO DE JOSE MARÍA MARAVALL (1911-1986), UNO DE NUESTROS MAYORES HISTORIADORES, Y DIRECTOR DE CUADERNOS HISPANOAMERICANOS DESDE 1965 A 1986. BLAS MATAMORO, QUE TRABAJÓ CON MARAVALL EN ESTA MISMA REVISTA, LE RINDE HOMENAJE ESTUDIANDO UNO DE LOS TEMAS MÁS RECURRENTES DE SU OBRA: EL BARROCO

Propongo seguir el hilo de uno de los temas recurrentes –¿obsesivos? ¿qué tema no lo es? – del historiador y del hombre histórico que fue José Antonio Maravall. El tema es la crisis. Matizando: ella y su parentesco con el juicio crítico. Exagerando: la autocrítica y la hipercrítica y todo como una serie de ingredientes sin los cuales la tarea del historiador se desvencija y cae.

Llamo la atención sobre una superficie extensa, sostenida y coherente de su bibliografía: el barroco. Maravall es uno de los que ha considerado el barroco en tanto época histórica identificable, más allá de su tradicionalmente restringido ámbito en la música, las letras y las artes visuales. Él hizo la antropología del *homo viator* barroco, la retórica político-religiosa de la propaganda barroca, el urbanismo de la *polis* barroca, la crisis barroca del absolutismo ante el advenimiento del abstracto Leviatán moderno, el Estado. Y etcétera. Repaso títulos: *La cultura del barroco*, *Velázquez y el espíritu de la modernidad*, *La oposición política bajo los Austrias*, *Poder, honor y elites en el siglo XVII*, *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*, la tercera serie de sus *Estudios de historia del pensamiento español* hasta su final *La novela picaresca desde la historia social*. Apunto un inciso y sigo. Esta actitud de rescate o invención de la era barroca prospera tardíamente desde países latinos: Benedetto Croce (reticente y fasci-

nado por el barroco), Eugenio d'Ors y, si se quiere, Américo Castro con su categoría de «edad conflictiva», suerte de adolescencia de la historia en tiempos de crisis. No mezclo estos antecedentes con Maravall pero advierto la continuidad de una inquietud y la ruptura de un tópico.

Cuando no en sede barroca, Maravall se interesó por fenómenos diversamente críticos. Al explorar el mundo social que vale de contexto a *La Celestina* está introduciéndose en la crisis del amor cortés, la divinización de la mujer amada, desde una perspectiva de naciente humanismo y el reclamo de nuevas clases ascendientes en el seno de una sociedad muy dinámica como la Castilla del siglo XV. En *Las comunidades de Castilla* designa la primera revolución social moderna de Europa, a partir de la crisis de la noción señorial y patrimonial del poder a favor de la libertad ganada por los municipios. En *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo de una sociedad*, y en *Estado moderno y mentalidad social* estudia una doble crisis: el principio de la inamovible permanencia de verdades trascendentes como fundamento del poder estatal y el paralelo principio de que el poder es inherente a la persona carismática del señor y no el resultado convenido de un pacto social, que instituye la abstracción de una entidad impersonal de la que es rostro visible el monarca.

En todos estos casos –en especial en cuanto a la era barroca, que los historiadores modernos señalan como propicia a las minicrisis, los motines y el largo aliento del ennoblecimiento burgués– la crisis insiste como tema conductor. Cabe una pregunta: ¿le interesa al historiador Maravall, en especial, el fenómeno de las crisis o concibe, de manera no expresa, la historia en tanto crisis o sea que al historiador sólo le atraen como esencialmente históricas las crisis? Sin ningún énfasis, me inclino ante esta última sugestión, lo cual haría de Maravall un muy sugestivo –valga la redundancia– pensador del nudo inteligible del pasado como historia.

En efecto, crisis significa, por ejemplo, momento en que un sistema estalla o punto culminante de un proceso mórbido a partir del cual se resuelve en un retorno a la salud o en la muerte. Es, en este orden, una palabra de origen medicinal y, por extensión, primaria si por tal entendemos figuras como el cuerpo social, la vida de una sociedad, el crecimiento y la madurez de una nación, etcé-

tera. Una familia metafórica, digámoslo de paso, cercana al vocabulario organicista de Ortega, maestro de Maravall y de tantos otros. Ortega siempre procuró pensar la vida y, en el caso del animal humano, pensarla como vida histórica, de ahí su léxico.

Pero crisis es también, más amplia y metafóricamente, un proceso de conocimiento. Poner en crisis un objeto a conocer es «sorprenderlo» en el momento en el cual se altera su composición. Además, por irnos a la raíz griega, *krytein* es separar y, enseguida, juzgar. O sea que por la crisis vamos al juicio –separación elemental, partición primaria como quieren los alemanes: *ur-teilen*– y también al criterio y a la crítica, que es escisión que permite a las partes escindidas distinguirse por enfrentamiento y separación. O sea que la historia volcada a los procesos críticos es también la historia de la crítica y la crítica de la historia. En esta proliferación se asienta la rica tarea de Maravall. En la historia y su más allá crítico, en el juicio histórico como necesariamente autocrítico.

«En la historia está todo por decir», escribe Ortega en alguna parte. Efectivamente, dado que la historia transcurre y no cesa, se encamina a un espacio necesario y abstractamente determinado, el futuro, en el cual puede decir, indefinida o acaso infinitamente, lo que no ha dicho. Esta peculiaridad de la historia como objeto no es el menor obstáculo y, a la vez, la menor seducción que ejerce a la hora de definirse como tal. En esto, Maravall ha hecho una tarea de ordenamiento y categorización en cuanto a epistemología histórica con escasos semejantes en nuestra lengua.

El razonamiento maravaliano parte de una paradoja y acepta su lógica para mantenerla en todo su discurso: la historia tiene como objeto el pasado, que es imposible de reconstruir –Croce y su discípulo Collingwood lo han establecido– porque la mayor parte de sus componentes se han perdido para siempre, en especial el definitivo: la presencia. El pasado lo es porque carece de presencia. De tal modo, si el saber histórico pretende ser científico y no mera crónica o narración legendaria, ha de observar un objeto inabordable, definitivamente extraviado. Por ello, el campo de la historia es lo probable, el haz de eventos exigibles a una determinando complejo histórico, apenas excluyamos de él, como hace Max Weber, lo improbable. En esta modesta distinción puede hacer pie el historiador.

Hay un señorío, un dominio –meramente intelectual, nada menos– que sobre el pasado ejercemos hoy cuando hacemos historia. Pero, cabe insistir, lo hacemos en el llamado tiempo presente. Por eso Croce, otra vez el indispensable napolitano, y también Xavier Zubiri, afirman la contemporaneidad de la historia, que se ocupa del pretérito y actúa en el presente.

Esta dualidad que configura un encuentro, clama por un escalón dialéctico. El pasado como relato forma parte del presente y es, al mismo tiempo, un objeto configurado en el presente y no en el pasado. Ningún tiempo tiene vocación de volverse pasado porque, en tal caso, carecería de vitalidad, sin prescindir de esta fatalidad que *pasatiza* cualquier presencia. Dicho de manera sinónima: facturamos hoy un objeto al que denominamos pasado, que obviamente pertenece a un tiempo anterior, y lo admitimos como compostura de nuestro presente. Un historiador, entonces, no tiene en su presencia el objeto de su estudio como el científico de la naturaleza tiene presente su objeto de estudio. ¿Es posible, en consecuencia, considerar científicamente la historia?

Esta pregunta se la formula Maravall al tiempo que considera el replanteamiento de la razón científica en el siglo XX. En la centuria anterior, las cosas parecían más sencillas. Dominaba el determinismo universal de Laplace: hay un universo en el cual cada vez que se da un fenómeno en las mismas circunstancias, produce el mismo efecto. No hace falta explorar la imposible extensión de dicho y supuesto universo, basta con una inducción incompleta. Descrita la secuencia causa-efecto, se halla una ley universal: infalible, cuantificable, abstracta. Aplicada esta premisa a la historia, se estudia, positivamente, el pasado como un hecho, un dato como los datos propuestos por la naturaleza al conocimiento humano. Y así surgen esquemas como el causalismo positivista, la ley de los tres estadios de Comte, la sucesión de los modos de producción de Marx, la ley del progreso de Spencer o el darwinismo social con sus luchas por la supervivencia y el dominio de los más aptos.

Las ciencias avanzan y conocen más, con lo que admiten que, en panorama, saben menos de lo que se suponía. El determinismo es cuestionado por la existencia de fenómenos indeterminados, efectos sin causa o que no siempre responden a la misma causa, y

hasta energías autogeneradas. Las leyes se limitan a comprobaciones estadísticas que marcan tendencias pero no se atreven a afirmar que carecen de excepciones. Ya el universo deja de ser el imperio de los saberes científicos, que se extienden por provincias más modestas y seguras. La ciencia sigue buscando lo exhaustivo del conocimiento respecto a lo real, pero admite que eso-que-está-ahí se resiste a ser conocido dócilmente por una razón asegurada de antemano por su fe en sí misma, el *factum* de la razón del que ya nos había hablado el racionalista Kant.

El escepticismo kantiano había prevenido sobre exagerados optimismos. El conocimiento no lo es tanto del objeto en sí, racionalmente incognoscible, sino de la relación sujeto-objeto, del procedimiento del conocer, sometido a la crítica de la razón. Sabemos, entonces, de los fenómenos, de aquello que empíricamente afecta a nuestros sentidos. Y no sólo eso, sino que sabemos dentro de una fenomenología, de una teoría del fenómeno, que a cada paso ha de fundamentarse y someterse a examen crítico, o sea que todo saber es crítico pero también *hipercrítico*.

Estas precauciones afectan asimismo a la historia o, más humildemente y precisamente, al hecho histórico, ya que el conjunto de lo acontecido se abandona en manos de una disciplina que ya le resulta ajena, la filosofía de la historia. El fenómeno histórico es algo que se prepara de antemano para su estudio, en una actitud de percepción intuitiva que se parece a la percepción estética. Maravall lo dice mejor: «El saber es respuesta a una pregunta que formulamos dirigidas a un objeto observado y al que preparamos de antemano para que nos pueda responder.»

Se trata, en principio, de hacer una ciencia válida de la historia: objetiva, universal, desprovista de elementos personales. Dicho más casuísticamente: que pueda entender todo aquel que se prepare para hacerlo, que exhiba algo reconocible como objeto, que abstraiga a quien lo señala de toda singularidad individual. Si se parte de lo que las ciencias naturales y matemáticas consideran como tal, la historia tropieza con algunos inconvenientes que el teórico pasa a enumerar y considerar.

A diferencia de aquellas disciplinas científicas, que buscan en la repetición lineal de ciertos fenómenos la vigencia de una ley, la historia se ocupa de eventos únicos, concretos, irrepetibles que, si

se confrontan con otros acontecimientos igualmente singulos, producen un movimiento cerrado, circular, que bloquea el conocimiento como generalidad. Para fijar una ley histórica, no hay más remedio que abstraer, en cierta medida, y ver qué tienen en común aquellos fenómenos radicalmente diferentes.

El hecho histórico, como objeto, carece de estabilidad no sólo porque está abierto al porvenir, del que nada se sabe históricamente, sino porque, según se mire al pasado, cambia de cualidad y, por lo mismo, de realidad. Un solo ejemplo: en las periodizaciones clásicas, el barroco no aparece como era histórica hasta el siglo XX. En esa medida, en cuanto el punto de vista crea o anula un objeto —la guerra de Troya o la octava isla Canaria no existieron nunca— hay un margen de indeterminación histórica, del cual la razón del historiador debe dar cuenta. Si bien cualquier objeto científico se altera al ser observado, como aceptan las epistemologías contemporáneas, el objeto del estudio histórico no sólo se altera sino que se produce al estudiarse, como se ha visto en el tema de la periodización.

A ello se suman dos temas de suprema envergadura, y que Maravall ha estudiado en teoría, filosofía y casuística, que son el progreso y la liberación como inherencias del decurso histórico. Sin duda, cuantitativamente, la acumulación de sucesos y de la experiencia o la eventual sabiduría que nos proporcionan, hace de la historia algo progresivo en sentido cuantitativo. Somos más que nuestros antepasados, según sigue diciendo Ortega. Lo separamos o no, pesa sobre nosotros más historia que sobre nuestros abuelos. Esto no quiere decir que seamos mejores o peores que ellos, para lo cual habría que escoger un elemento absoluto comparativo ajeno a la historia misma. Se puede hacer, mas entonces nos vamos a la ética o a la política y nos vemos en otros aprietos críticos, por no molestar a los dioses en sus divinas alturas. Hoy no toca.

A lo anterior corresponde añadir que, desde el lugar de los historiadores, podemos creernos más libres que nuestros ancestros, en tanto nos es posible —aunque nos encojamos de hombros ante la historicidad, conforme a la moda posmoderna— tener más amplia conciencia de nuestro acontecer, siempre que admitamos que provenimos de una anterioridad, que somos históricos.

Huizinga definió la historia como una ciencia imperfecta, fórmula que a Maravall no le gusta. Ciertamente, es una paradoja que éste resuelve proponiéndose la historia como ciencia y concluyendo en una teoría del saber histórico. No del conocimiento, subrayo, sino del saber, que no es menos ni más que el conocimiento estrictamente científico, sino una modalidad del vínculo sujeto-objeto. Sin ir más lejos: en las ciencias canónicas, todo es medible y mensurable pero en la realidad histórica no todo lo es. Tampoco los hechos históricos son inequívocos y sometibles a una sola y única lógica. Baste con perderse en la selva salvaje de lecturas merecidas por algo que todos creemos conocer como la Revolución Francesa, a ver si alguien es capaz de juzgar, por junto, lo innovador y lo retrógrado del fenómeno.

Quizá convenga insertar una observación que trae Maravall –buen lector de literatura, en especial de poesía, que fue su ocupación original y es algo que deja huellas– a propósito de la analítica del lenguaje y es la relación y el desencuentro entre verdad y lógica. Hay verdades que no son lógicas, como las del saber artístico. Maravall cita, con oportuna frecuencia, a dichos de poetas en abono de categorías históricas, dichos que mantienen una ilación gramatical, sintáctica y semántica pero resultan paralógicos. Y lo hace también a propósito de la imposibilidad de una definición cabal de cualquier objeto de la realidad empírica. Objetos radicalmente definibles son las abstracciones de la aritmética o la geometría, el número 134 o el triángulo equilátero. Pero en cuanto nos metemos en la batalla que los franceses llaman de Moscova y los rusos, de Borodino, bien que nos faltarán palabras para ser precisos como en el Aleph borgiano.

Ya quedó dicho que el historiador no puede tener a la vista el objeto de su estudio, o sea el pasado, como el científico que mira moléculas en el microscopio. Tampoco puede experimentar con la historia: no hay laboratorios de tales cosas. En cambio, y siempre al revés que el científico de la naturaleza, sí prefiere, le gusta o le disgusta, tiene una relación subjetiva con lo que estudia, de amor o de rechazo. Su elección lo define subjetivamente porque él también es un sujeto histórico que debe optar cada día por decisiones que lo incluyen en una sociedad que tiene historia. El historiador no recibe su objeto como un dato de algo que no ha producido

sino el documento de una acción humana, producida por unos seres humanos similares y distintos de él mismo. Si bien el científico aquel modifica parcialmente el objeto que estudia al estudiarlo, generando un *quantum* de indeterminación, el historiador genera al completo el hecho histórico que está estudiando, condicionado por su lugar subjetivo en el decurso de la historia. El evento le precede pero lo que él ve y analiza está condicionado por la perspectiva que le permite el «limitado horizonte» (sic Maravall) desde donde lo observa.

El objeto de la historia es un quehacer humano, recuenta datos pero no es algo dado, valga la paronomasia, como los acontecimientos naturales. Los hechos históricos tienen la palabra pero sólo nos dicen lo que deseamos escuchar. El resto es silencio. Lo que no interesa al historiador, sale de la historia, como sostiene, de nuevo, Croce. Su luz es intensa y pequeña, si la comparamos con la inconmensurable noche del pasado; y perdón por la truculencia.

El acontecer histórico pertenece al orden de lo probable, según queda dicho. Responde a una pluralidad de causas y emite una sola de las probabilidades que lo alimentan. Podría denominarse la efecto histórico, la conversión de lo posible en necesario, si por necesidad entendemos el resultado y no una legalidad previa. Napoleón pudo ganar en Waterloo pero perdió y lo desterraron a Santa Helena. Esto es necesariamente así aunque no responda a una determinación fatal e ineludible previa al evento. Producido éste, cabe hallarle uno o más sentidos. No ha sido determinado pero tampoco es una anécdota de puro azar, que haría imposible pensar la historia y la anularía como tal historia, reduciéndola a una colección deshilvanada de viñetas, tal vez interesantes para el arte pero no para el saber del estudioso. El sentido, por su parte, no es algo trascendente al decurso, según prefieren las filosofías de la historia, sino una elaboración del historiador, que no escribe en nombre de la naturaleza ineluctable ni de la ineluctable divinidad.

Entonces: es pertinente hablar de leyes en la historia (tendencias, generalidades, similitudes, repeticiones) pero no de *leyes de la historia*, dictadas desde una sede ahistórica o suprahistórica, aunque siempre la historia propenda hacia algo que no ha ocurrido y que está en la *metahistoria* hasta que ocurre. Ello sin perder de vista la utilidad que las ciencias de la determinación y el empi-

rismo puedan aportar al historiador: la medicina al estudiar una peste, la química al hacerlo con ciertas armas de fuego, la astronomía en los eclipses que condicionan trastornos sociales, etcétera. Nada de lo que afecta al ser humano le es ajeno.

El hecho histórico es, entonces, un constructo humano basado en una serie de relaciones, y no un objeto dado al que se atribuye un ser. En esto Maravall, que ha hecho la crítica del historicismo positivista, también la hizo del historicismo filológico romántico, rechazando la vigencia de categorías como el ser de España, de Euzkadi o Cataluña. La determinación o, por mejor decir, la circunscripción del hecho histórico, la inscripción de sus límites, es intuitiva y Maravall no excluye elementos como la inspiración y la imaginación históricas, lo cual aproxima la historia al quehacer de un arte propio, cercano, a su vez, a la literatura y acredita, de nuevo, que estamos en presencia de un saber y no de un conocimiento de orden científico. El historiador no examina lo real, que es inaccesible a la razón, sino la realidad creada por su quehacer y contrastada con los documentos adecuados, es decir leídos con una clave de verosimilitud. El extremo de que la mayor parte del pasado se haya perdido acentúa la necesidad de una suerte de imaginario histórico que permita hilvanar unas probanzas de otra manera incoherentes.

Creo que puede hablarse de una inteligencia estructural del método histórico maravalliano, evitando la palabra estructuralismo, que es equívoca y puede llevar a la negación de la historia como en el Foucault de *Las palabras y las cosas*, para el cual las épocas son estructuras cerradas, descentradas y conducidas por un solo vocablo que las define, sin antes ni después. No en vano Sartre opinó que no se trataba de una arqueología del saber sino de su paleontología.

Lo estructural de Maravall cae dentro de los procedimientos aplicados por Lévi-Strauss, sin conducirlos a ninguna especulación filosófica sobre una supuesta naturaleza de la historia. Intuido el objeto, se fijan sus bordes y se estudia la articulación de sus partes, sus interconexiones, sin jerarquizarlas como en cierto marxismo que pone lo infra y lo supra de sus estructuras. Maravall, a diferencia de Marx, no trata de una realidad sustancial y ya estructurada, pasible de una lectura científica basada en la ciencia natu-

ral de los modos de producción, la economía política. Trata, en cambio, de una interacción entre todo y partes, y partes entre sí como productoras de sentido, como significantes. Por eso privilegia los hallazgos de las ciencias del lenguaje y la crítica de los vocabularios históricos, una disciplina ajena al marxismo. Hay hechos relevantes e irrelevantes, pues no todo el pasado es histórico y en ellos la palabra es esencial porque no sólo transmite sentidos supuestamente cristalizados de antemano en ideas, sino que los elabora. En este sentido sí podemos decir que el lenguaje produce la historia porque ella está signada por las huellas semióticas que la práctica humana va dejando en el tiempo. Los hombres sembramos unos signos que germinan en el texto del historiador, que hace historia y también es histórico.

Este aparato crítico y autocrítico tiene un beneficio secundario y es señalar que todo saber humano, incluido el científico, es asimismo historia del saber. La ciencia, que progresa no sólo sumando sino derogando saberes, sea porque cambia sus paradigmas, porque descubre errores o denuncia la falsedad de ciertos objetos tenidos por existentes, la ciencia cuenta siempre con su precedencia. Lo que hoy se considera erróneo fue necesario como verdad ayer y mañana nuestras verdades pueden ser *falsadas* según propone Popper. La historia misma es historia de la Historia, historia de las historiografías. Las críticas maravalianas a las epistemologías del positivismo y del historicismo de inspiración romántica, así contribuyen a acreditarlo.

No un saber contemplativo como el estético, ni veritativo como el científico, el saber de la historia es, en Maravall, práxico. Aun no considerando la historia como un magisterio ético o cívico, sin embargo le reconoce la posibilidad de contribuir a esclarecer el presente relejendo el pasado, y así cimentando proyecciones hacia el futuro. Copio a Maravall y cierro con él: «Lo más propio de la historia es garantizar que pueda cambiarse, de verdad, la marcha de un pueblo, que se le faciliten esos saltos en su órbita, esto es que, en último término, se le abra vía libre a la plena posibilidad de gobernarse y hacerse a sí mismo» (*La cultura del barroco*) ©